

Laura K.

Tierras de Esperanzas

Esta novela recoge las vivencias de un hombre, Antonio, quién en 1883, luego de abandonar su tierra natal en Polonia, donde la situación política marchaba inexorablemente hacia la guerra; se radica en Brasil. Allí encuentra esposa y adquiere tierras. Justo cuando piensa que sus sueños de inmigrantes se habían realizado, una serie de acontecimientos nefastos ponen a prueba su fe.

El nacimiento de su primogénito desata una tormenta que llevará a Antonio hasta el límite de sus fuerzas. Las tribulaciones que deberá enfrentar lo azotarán una y otra vez sin darle tregua.

¿Podrá Antonio lograr su cometido? ¿La vida por fin le dará revancha?

Solamente su firmeza de espíritu tendrán la respuesta.



Tierras de Esperanzas



Laura K.

ISBN 978-85-31-0005-2



9 789731 000502

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis abuelos: Hala y Ladislao que con tanto amor y pasión compartieron sus reminiscencias conmigo. También a mi padre, quién comenzó a relatarme las historias familiares desde pequeña. Ellos fueron los pilares en la recopilación de datos para este libro. Me he tomado algunas libertades modificando algunos hechos para mejorar la trama, pero espero haberme mantenido fiel al espíritu de sus protagonistas.

Dedicado a mis amores:

**Lucas, Facundo, Santiago,
Mariano y Ricardo.**

A Antonio, desde donde estés,
quiero que sepas que fuiste mi más grande inspiración.

PROLOGO

Polonia: país centro europeo cuyas fronteras han ido cambiando muchas veces a lo largo de una historia caracterizada por las invasiones extranjeras y la lucha por la supervivencia de la nacionalidad. A fines del Siglo XVII, su territorio fue dividido entre Rusia, Prusia y Austria y no recuperó su independencia hasta 1918 como resultado del Tratado de Versalles.

Como consecuencia de estas disputas territoriales, los habitantes polacos se vieron despojados de todo derecho de pertenencia, sufrieron falta de alimentos y persecuciones políticas. Tanto es así que muchos optaron por emigrar en busca de nuevos horizontes. La gran mayoría se embarcó rumbo a América, este continente joven con grandes extensiones de tierra y pocos habitantes, necesitaba mano de obra para trabajar los campos.

En Sudamérica, Argentina y Brasil fueron los destinos elegidos. En Argentina eran alojados en el hotel de los inmigrantes por cuenta del estado hasta recibir las tierras o encontrar un destino definitivo. Brasil en cambio afrontaba una revolución; llegaba a su fin la monarquía y con ella, la esclavitud.

Los inmigrantes allí eran necesarios para suplir la mano de obra esclava. Eran contratados incluso en sus países de origen y traídos por cuenta de los hacendados o el mismo estado.

Conseguir tierras propias en Brasil era mucho más difícil.

Estos hombres inmigrantes, llegaron cargados de esperanzas. Trabajaron incansablemente para construirse un futuro en un país desconocido, donde

no entendían el idioma ni la idiosincrasia. Atrás dejaban su tierra natal, sus raíces, sus afectos; pero la esperanza que albergaban los impulsó a comenzar una nueva vida.

Aquí encontraron paz, seguridad para formar un hogar, adoptaron estas tierras como propias y la eligieron como patria de sus hijos.

Gracias a los inmigrantes que poblaron nuestras tierras y la trabajaron con tesón es que hoy tenemos una patria grande y próspera.

Este libro narra la historia de un inmigrante que, a pesar de las tribulaciones que debió afrontar, a pesar de la soledad, siempre mantuvo la fe y esperanza de un futuro mejor. Esperanza en formar una familia que perpetuara su sangre. Fe en Dios que siempre lo acompañó en su búsqueda.

ANTONIO

BRASIL 1883

Antonio Kaczorowski caminó los dos kilómetros que separaban al puerto sobre el río Comandai, de la pequeña capilla del poblado. Hacía solo dos meses había llegado de su Wadowice natal en busca de un futuro mejor. La situación en Polonia era cada vez más difícil, los invasores habían dividido el país dejando a los polacos sin derecho a una nacionalidad. Se temía una guerra a gran escala. Luego de la muerte de su padre, Antonio decidió buscar otros horizontes. Sus hermanos quisieron acompañarlo, pero no consiguieron dinero para el pasaje del vapor. Antonio obtuvo el suyo vendiendo un par de botas, un reloj - regalo de su abuelo- y un par de cabras. Lamentó mucho deshacerse de ellas, pero su hermano mayor, que había quedado al frente de la granja cuando su padre murió, lo alentó:

- Véndelas Antonio. – Le dijo.

- No puedo hacer eso, son necesarias aquí. - Le respondió Antonio.

- Véndelas, te digo. Un par de cabras no harán la diferencia, además cualquier día nos expropiarán todo, así que mejor aprovéchalas tú.

Es así que tomó un vapor de carga. El capitán aceptó llevarlo por la mitad del valor del pasaje con la condición de ayudar a los marineros.

Su intención era llegar a Argentina, en Polonia se comentaba que el gobierno cedía tierras a los inmigrantes, pero un compatriota que conoció en el barco lo alentó para quedarse en Brasil.

-Vamos Antonio. - Le decía cuando cansados del encierro salían a tomar aire en cubierta contemplando las estrellas. - El sol calienta en abril a pesar de ser otoño.

Aquí estaba, en Brasil. Ya habían pasado dos meses, su compañero de viaje se había quedado en Porto Alegre, y él, se aventuró junto a un comerciante que necesitaba un encargado de depósito en un poblado donde los habitantes inmigrantes, en su mayoría, eran polacos.

Su trabajo era mal pago, considerando que todo el día debía cargar y descargar las barcazas abarrotadas de productos agrícolas, harina, tabaco y productos extranjeros que llegaban de distintos lugares de la costa oceánica o del país vecino.

De todas maneras no tenía otra opción, necesitaba trabajar para ahorrar dinero y así dirigirse a Argentina, donde quizás, podría conseguir tierras. En Brasil era casi imposible, el país enfrentaba una revolución entre los conservadores y los republicanos, los últimos, luchaban por el fin de la monarquía y la esclavitud. Los conservadores, en su mayoría hacendados, no lo permitirían porque se quedarían sin la mano de obra gratuita de la que se habían beneficiado durante cientos de años.

Cuando faltaban unos metros para llegar a la capilla, Antonio vio al sacerdote que casualmente era polaco, regando sus rosales.

- Buenos días padre Bronislao.- Dijo desde lejos agitando su sombrero.

- Buenos días Antonio, llegaste temprano hoy.- Respondió el sacerdote que apreciaba mucho a este joven, era uno de sus más devotos fieles y en cierta forma lo admiraba por su fe inquebrantable. Jamás claudicó ante el panorama con el que se encontró al llegar. Por el contrario, todo ponía en manos de Dios esperando tiempos mejores.

-Ya sabe que me gusta conversar con usted en polaco. -Respondió Antonio mientras tomaba la regadera con la que el anciano mojaba sus rosales.

-Mi querido Antonio, si tu intención es quedarte en este país debes aprender el idioma.- Le advirtió mientras cedía la regadera al joven.

-Padre, por favor deme un respiro, toda la semana escucho en el puerto el portugués, las mujeres me tienen: “Que Antonio de acá, que muchacho de allá” van a terminar por enloquecerme.- Antonio apreciaba mucho a esas mujeres del puerto, la mayoría eran de la zona y otras, esposas de inmigrantes. Ellas llevaban su producción al puerto para ser comercializadas, mientras sus esposos trabajaban la tierra. Él siempre las ayudaba a cargar y descargar sus canastos y costales porque el puerto, además, funcionaba como mercado; a cambio ellas le daban pan, tocino, queso y algunas frutas. El dueño del depósito le permitió dormir allí con la condición de no causar problemas. Se acomodaba cada noche sobre costales de maíz, pero era tanto su cansancio que apenas lo notaba. De modo que lo poco que ganaba lo ahorraba.

El sacerdote largó una carcajada y dejó que Antonio terminara de regar las plantas mientras él se acomodaba sobre una gran roca bajo la sombra de un árbol de mangos. El sol ya empezaba a calentar y la sotana lo hacía transpirar copiosamente.

- Dime Antonio. ¿Extrañas Polonia, te arrepientes de haber venido?

- Uno siempre extraña, padre.

- Dímelo a mi hijo, hace veinte años me enviaron a estas tierras y daría mi vida por volver a ver mi patria una vez más antes de morir.

- Polonia no es lo que fue, padre, la gente allá sufre mucho. Es más, se teme una guerra a gran escala. De modo que no me arrepiento de haber venido. Dios guiará mi camino.

- Dios lo hará hijo, lo hará. Pero... la patria es la patria. ¿No te parece?

- Así es padre.

- Veo que terminaste con mis rosales, entremos a preparar la misa.

Terminada la celebración Antonio se reunió con los hombres que bajo un árbol conversaban.

- Buenos días Antonio. - Lo saludó Don Teixeira con familiaridad, dueño del mesón del pueblo. A pesar de conocer al muchacho solo un par de meses, lo veía seguido en el puerto y Antonio se creó la fama de inmigrante trabajador y honrado.

- Buenos días señores. - Respondió Antonio dirigiéndose a todos los presentes.

- ¿Cómo le va a usted? - Preguntó a su vez Don Silva, dueño del negocio de ramos generales.

- Bien, bien gracias.- volvió a responder Antonio.

Los hombres continuaron su plática, que Antonio no pudo seguir. Su portugués era muy básico. En cambio se arrimó al grupo que estaba más alejado. Eran un par de compatriotas que hacía un tiempo habían llegado de Polonia con dinero y pudieron hacerse de tierras.

-Buenos días - Dijo en polaco.

-Buenos días le respondieron.

- ¿Se está familiarizando con el idioma? - Quiso saber Don Pulkoski.

- Me cuesta mucho.

- Cuesta mi amigo, cuesta. Pero si pretende quedarse, debería aprender, o...

¿Piensa ir a la Argentina a ver si consigue tierras?

- Por el momento me quedaré a ver qué sucede.

- Muchacho, ¿Qué opina de la revolución que sacude este país? - Preguntó Don Petrilla-

- La verdad es que no conozco mucho del tema. Pero por lo que sé nos beneficiaríamos si se abole la esclavitud, se necesitará mano de obra para suplir a los esclavos y quizás consigamos tierras como en Argentina.

- Hay hacendados partidarios de la abolición que se dicen republicanos. - Comentó Don Pulkoski y continuó - Ya liberaron a sus esclavos y

emigraron a la capital, algunas de sus tierras fueron vendidas a precios disparatados, otras quedaron al cuidado de capataces; pero ni con todo el movimiento que se está alzando creo que puedan contra los conservadores. Ellos tienen mucho que perder con la abolición, fueron años de beneficio desmedido a costa de los pobres negros y no creo que suelten el hueso así como así.

- Yo tengo mucha fe en Dios, si estoy aquí por algo debe ser. Pongo todo en sus manos y él me guiará-

- Usted es muy joven muchacho. Espero sinceramente que Dios nos ayude por el bien de todos.

Antonio pidió permiso a sus compatriotas, los saludó y se dispuso a emprender el regreso hacia el puerto nuevamente.

No había hecho dos pasos cuando vio que un hombre bajo, un tanto excedido en peso y con dificultad para caminar, se le acercaba a paso lento, vacilante, pero seguro. Era el mismo que durante la liturgia no le sacó los ojos de encima.

- Buenos días muchacho. -Lo saludó en polaco.

- Buenos días señor.

- Quisiera hablar con usted si no está apurado.

- Lo escucho, ¿En qué puedo servirlo?

-Verá, lo he estado observando en la misa, también hace unos días en el puerto y me gustó el empeño que pone en el trabajo. Yo estoy un poco viejo y muy cansado, ando necesitando a alguien que me ayude en las tierras que poseo y pensé en usted. Si le interesa lo que le ofrezco lo invito a almorzar.

Antonio se quedó de una pieza al oír al sujeto que lo había estado observando, no solo en la misa, sino días antes. Decidió aceptar la invitación. No tenía nada que perder y mucho por ganar.

-Acepto su ofrecimiento señor.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

